

ORIGEN, SIGNIFICADO Y CRITICA DE LAS HUMANIDADES

Dr. Romano García

I— ORIGEN DE LAS HUMANIDADES

CRISIS ACTUAL DE LAS HUMANIDADES.

Asistimos todavía a una crisis que viene de muy antiguo, que arranca del nacimiento mismo de la filosofía moderna, de Descartes: la crisis de las Humanidades, la crisis de los estudios humanísticos.

Los prejuicios contemporáneos contra las Humanidades son los siguientes:

1).— Está, en primer lugar, el “cientificismo”; los cultivadores de las ciencias, especialmente de las ciencias naturales y físicas, sostienen que sólo éstas ofrecen algo positivo y concreto. Esta creencia ha pasado a la mente de los estudiosos y hasta se ha convertido en una especie de mito para la gente de la calle después de los éxitos de la astronáutica y de los vuelos espaciales.

2).— Está también el llamado marxismo vulgar que, al estudiar los fenómenos

culturales como producidos por una infraestructura económica, viene a decir que los estudios humanísticos pertenecen al ideal educativo de la burguesía, la cual ha perdido ya su vigencia histórica.

3).— Hoy día, más que nunca, se considera como ingrediente imprescindible en el cultivo de las ciencias la objetividad, la ausencia total de elementos subjetivos y personales. La ciencia, y sobre todo la técnica, que goza hoy de una primacía universal, ha de cultivarse de manera impersonal. Las preocupaciones humanísticas son ajenas e impermeables a esa objetividad científica y técnica.

4).— Las ciencias particulares se multiplican sin cesar. Cada cuestión da lugar a una ciencia nueva. Capítulos de ciencias antiguas se autonomizan para formar ciencias inéditas. La facilidad que reportan refuerza ese hábito de multiplicarlas. *El especialismo* que crece cada día más, ha hecho creer a muchos que la cultura humanística, la “cul-

tura", es una especie de lujo inservible y gratuito.

¿Hemos de entregarnos a esta situación? Hemos de dejar la educación en manos del especialismo, en manos de la ciencias especializadas y particulares? Adelantemos la respuesta, cuyo sentido aparecerá más adelante: no. Como veremos después, las ciencias particulares necesitan una "generalización salvadora" que sólo pueden ofrecer las Humanidades.

QUE SON LAS HUMANIDADES

Frente a los prejuicios de esta crítica que arranca de los tiempos mismos en que los estudios humanísticos se encontraban en toda su pujanza pero fueron interferidos por una filosofía de carácter lógico y técnico, vamos a intentar una defensa de las Humanidades. Para ello comenzaremos mostrando su verdadera esencia, su índole auténtica.

Ya por la definición etimológica se vislumbran el interés y la grandeza de las Humanidades. Leonardo Bruinni d'Arezzo, (uno de los artifices más importantes de las humanidades), nos las define así: "Propterea humanitatis studia nuncupantur, quod hominem perficiant atque exornent". (1). (Se llaman estudios de humanidad porque perfeccionan y cultivan al hombre). El mismo autor, al referirse a la filosofía, el más importante de los estudios humanísticos, añade: "Cuius ex fontibus haec omnis derivatur humanitas" (2). ("De cuyas fuentes procede toda esta nuestra humanidad").

Los humanistas del Renacimiento estaban convencidos de que lo que Marcial decía de su propia obra podía afirmarse de la mayoría de los grandes autores antiguos, en los que ellos se inspiraban: "Hominem pagina nostra sapit". ("Nuestros escritos saben a hombre").

La preocupación de los humanistas españoles por lo que ellos llamaban el "hombre entero" procede de Marcial, que les influyó sobremanera.

Mi compatriota Luis Vives decía así de las Humanidades: "Artes humanitatis nominantur, reddant nos humanos" (3). ("Puesto que se llaman artes de humanidad deben volvernos más humanos").

Todos los humanistas italianos se propusieron como norma y meta la "reformatio hominis" (la reforma del hombre). Algunos humanistas nórdicos —como Erasmo—, guiados por el celo religioso y creyendo que los italianos se volvían demasiado paganos, argüían que lo que había que hacer era mirar hacia adentro de uno mismo e imitar a Jesucristo, paradigma y ejemplo de humanidad.

VUELTA A LA ANTIGUEDAD

El método histórico nos conduce al mismo punto.

En el siglo XIV se desarrolla ya, en Italia —verdadera patria del Renacimiento y del humanismo—, la burguesía, la cual, si bien es susceptible de crítica por haber seguido alimentando la distinción de clases, sin embargo es acreedora a nuestra gratitud por haber destruido el feudalismo medieval. Una de sus hazañas consistió en sacar de los reductos feudales, incluidos los monasterios, a la riqueza, a la cultura, creando y promoviendo la vida urbana como respuesta al feudo medieval.

La cultura se vuelve, así, más accesible; y de cultura teológica se transforma en cultura humana, en cultura humanista.

Para recorrer este derrotero, totalmen-

te nuevo, los humanistas necesitan un guía. Ese guía es la Antigüedad. Veamos por que.

Los humanistas se preocupan apasionadamente por el hombre: por eso se llaman humanistas. Buscan la *humanitas* o esencia humana y la hacen objeto de estudio para realizarla en su propia existencia.

Esa *humanitas* que los humanistas vindican y persiguen tuvo, según ellos, su mejor expresión histórica en la Antigüedad. Por eso dan la espalda a la Edad Media, a la que consideran bárbara, y se vuelven hacia la Antigüedad, en la que creen encontrar el paradigma de lo humano. En las letras griegas y latinas están las virtudes, las artes y la filosofía más perfectas, que hablan de esa *humanitas* que los renacentistas persiguen para sí mismos.

Pero, en esto, los renacentistas no hacen más que repetir la actitud de los Romanos, quienes, en el fondo, fueron los primeros humanistas. Los Romanos creyeron que la cifra del *homo-humanus* (hombre humano) estaba en el *homo graecus* (hombre griego). Es en Roma donde, por primera vez en la historia, se piensa en la *humanitas* o esencia humana. El *homo humanus* el hombre humano es lo contrapuesto del *homo bárbarus*, del hombre bárbaro. La *humanitas* romana es una trasposición, una vivencia a la romana, del patrón existencial griego. “En Roma —señala muy acertadamente Martín Heidegger— encontramos el primer humanismo” (4). Hasta el punto de que el humanismo renacentista italiano de los siglos XIV y XV es una *renascentia romanitatis*, un renacimiento de la romanidad o forma de vida romana, y, a través de ésta, un renacimiento de la helenidad o forma de vida griega.

El humanista se preocupa de que el

hombre sea humano. El humanismo es siempre un *studium humanitatis*, un estudio de la esencia humana. Cuando ese estudio adquiere carácter académico, nacerán las Facultades de Humanidades.

II— SIGNIFICADO DE LAS HUMANIDADES.

INGREDIENTES RELIGIOSOS

A pesar de que para los humanistas del Renacimiento el hombre bárbaro era el hombre medieval, sin embargo el Renacimiento supone cierta continuidad con respecto a la Edad Media, por debajo de las polémicas. Entre las distintas épocas de la historia de la cultura no se produce nunca el salto absoluto, la discontinuidad absoluta. Así vemos que el Renacimiento tiene ya sus brotes en el final de la Edad Media, cuando en las Universidades se entabla la lucha entre “antiguos” y “modernos”, parecida a la que, en nuestros días, se entable entre “reaccionarios” y “progresistas”. Lo que ocurre es que esos brotes son todavía oficialmente rechazados, mientras que en el Renacimiento se abren paso gracias a la burguesía que los auspicia y promueve. Al final de la Edad Media, el hombre, aprisionado por lo sobrenatural, comienza a sentirse incómodo. Las fuerzas individuales deben desarrollarse, la naturaleza también es digna de estudio, la vida misma es digna de vivirse: esto, que se siente ya tímidamente en la Edad Media, se vuelve consciente y libre en el Renacimiento. Parece que la vida comienza de nuevo en el Renacimiento: por lo menos así lo sienten y expresan los humanistas. Un deseo irrefrenable de vida y de cultura laica se apodera de ellos. Nadie —ni la misma Iglesia— podrá ya detener ese impulso y esa marcha, exigidos por una necesidad histórica.

Esta continuidad entre las épocas de la

cultura nos permite advertir que en la actitud humanista interviene, sin duda alguna, un factor religioso: al nacimiento del humanismo se le llama Renacimiento no sólo porque intenta recrear a la Antigüedad, reviviéndola, sino también porque se aspira, en lo más profundo, a un renacer espiritual. Tal aspiración religiosa venía de la Edad Media: entonces se aspiraba a una “*reformatio Ecclesiae*” (reforma de la Iglesia); en el Renacimiento se aspira a la “*reformatio hominis*” (reforma del hombre).

Como es sabido, el Renacimiento efectúa un desplazamiento decisivo: el teocentrismo medieval, que considera a Dios como la clave de todos los valores y el centro de todas las cosas, se convierte en humanismo o antropocentrismo, que pone al hombre en el lugar que antes ocupaba Dios. Frente a las *litterae divinae* o cultura teológica del Medioevo, el Renacimiento pone las *litterae humanae*, la cultura humana, la cultura humanista.

El Renacimiento se convierte, así, en una especie de paganismo religioso, que se cifra en la reforma del hombre y de la sociedad civil. Para conseguir esa reforma hay que acudir a la Antigüedad, fuente de donde emana aquella sabiduría cuya imitación hará mejores a los hombres, permitiéndoles alcanzar su esencia humana, olvidada por la cultura teológica del Medioevo.

LAS HUMANIDADES COMO EXPERIENCIA INTELECTUAL Y HUMANA.

El estudio de las letras clásicas no es un fin en sí: es un medio para que el hombre se vuelva mejor, se transforme y alcance la *humanitas*. Lo que los humanistas buscan, a través del latín y del griego, es la ejemplaridad moral de los Antiguos: su filosofía y su ciencia, capaces de ofrecer una guía moral en

lo humano, aspecto que, según ellos, no podía encontrarse en los escritos medievales, preocupados fundamentalmente por lo problemas de la muerte y del más allá.

Pero hay que trascender la mera erudición latinista o helenista para llegar a la sabiduría normativa que se esconde del latín y del griego. Por eso escribe el español Juan de Lucena: “Por ser vos gramático, non penséis vos por eso ser sabidor, ca solo latín non es mas saber que saber otra lengua, lo cual non solamente los omes, que aun las aves lo saben, papagayos, cuervos, picas, tor-dos, malvises, linerudos y todas las aves que tienen lenguas redondas hablarán latín y -aun greco, si les muestran”. . . y cuenta irónicamente cómo un cuervo aprendió de su dueño bellas frases latinas. Por eso añade: “pues luego, si otro saber que latín nos hace diferenciar de las bestias, aquel debemos todos amar” (1). El saber que distingue al hombre de las bestias es —está bien claro— la filosofía que subyace en el latín y griego de los Antiguos. El mismo Lucena alude a esa “*Philosophia*, donde la razón del bien bevir nos emana” (2). Esa filosofía es “madre de razón”, la cual “parió las cibdades, y los hombres derramados como fieras en una compañía reduxo y coligó con matrimonios; dioles leyes y buenas costumbres” (3).

Miguel de Carvajal viene a expresar algo muy parecido: “Con darse a las letras sabe como ha de usar de los amigos, de la buena fortuna o de la adversa, cómo ha de vivir, cómo se han de sufrir las adversidades, como todas las otras cosas de la vida necesarias. . . porque dándose a las letras y buenas artes el alma recibe salud y el cuerpo autoridad, la vida honestidad y hermoso adornamiento de fama y honra, y excelentes virtudes” (4).

Petrarca es un testimonio vivo de hasta qué punto la lectura de los clásicos es una

experiencia altamente educadora del hombre. Las letras clásicas pueden constituir un factor determinante del propio devenir. La cultura humanista es, así, según nos indica el mismo vocablo, un cultivo: el cultivo del propio espíritu. Lo más decisivo, quizá, de esa lectura es que le obliga a uno a enfrentarse consigo mismo. Dice Petrarca: "Para mí no hay nada más decisivo que los ejemplos de los hombres ilustres.

Es de gran utilidad subir hacia ellos, para experimentar el propio espíritu, para ver si contiene algo de grande y fuerte, que pueda afirmarse frente a los golpes del destino o si caemos en trampas puestas por nosotros mismos. Allende la experiencia —que es siempre una maestra infalible— no hay nada que sea más útil que la comparación con aquellos a los cuales deseamos ser semejantes. De la misma manera como yo siento gratitud por los que me ofrecen ejemplos y me hacen posible este experimento, así espero que también sentirán gratitud aquellos que van a leerme" (5). Petrarca vive todavía en la Edad Media, pero en su espíritu reverdece ya la actitud renacentista. Esta contradicción viva le hizo sufrir, viéndose perseguido por quienes, siendo contemporáneos suyos, no podían comprender, sin embargo, su actitud profética. De ahí la amargura que transpiran algunos de sus escritos: "Yo escribo para satisfacer un placer y cuando casi con gula y pasión, estoy todo tenso en la redacción, me entretengo con los grandes espíritus del mundo antiguo y trato, hasta donde me sea posible, de estar con ellos y de olvidar a aquellos que el destino me dio como contemporáneos. Yo trato de llegar a ser como ellos, que son tan diferentes de los hombres de hoy. De estos me es suficiente la visión de su rostro para que se oscurezca mi espíritu; en cambio, sólo el recuerdo, las acciones, los nombres célebres de aquellos que des-

piertan en mi recuerdos tan profundos me vuelven a dar la serenidad" (6).

Este mismo sentido educativo, aunque con un tono ya académico, posee la *eruditio* tal como la entiende Leonardo Brunni d'Arezo. El hombre saca de sí mismo el pleno desarrollo de su ser, que estaba en él latente, como pura potencia, mediante la *eruditio* o erudición. Esta hace del hombre un ser espiritualmente pulido, afinado y rico.

Esta *eruditio* se consigue por dos medios: 1) en primer lugar, con la *peritia litterarum* o cultura literaria, la lectura de los clásicos, que supone una apertura de mundos. A través de los siglos, y a pesar de los cambios, las experiencias humanas fundamentales son siempre las mismas. Esas experiencias que, al ser contempladas, pueden profundizar la nuestra, nos son accesibles en los escritos clásicos; en ellos se nos revela la esencia humana en su realidad variada y múltiple. En Brunni, la cultura literaria no tiene el mismo significado que tiene para nosotros, a saber: un aprendizaje de las letras antiguas exigido a aquellos que se dedican a la literatura; no. La cultura literaria de Brunni es el conocimiento que todo hombre, como tal hombre, debe tener de los autores antiguos con el fin de desarrollar sus facultades y sus pasiones. En su "*De Studiis et Litteris*" escribe Brunni: "la perfección de que hablo será alcanzada sólo gracias a la posesión de conocimientos variados y de distintas clases. Por esto es necesario haber visto y leído mucho, así como haber leído a los filósofos, poetas, historiadores, oradores y todos los demás autores. Sólo así se da algo cabal y suficiente, de manera que en todo dominio aparezcamos ricos, múltiples y hábiles, y en ninguno incultos". (7)

2) Esta cultura literaria ha de comple-

tarse, según Brunni, con la *scientia rerum* o conocimiento de las cosas. El hombre no debe considerar como extraña ninguna cosa. En el escrito citado antes escribe también: “Deseo, pues, que en este espíritu, que me promete de sí lo más alto, reside un deseo ferviente y ardoroso de aprender, para que no desprecie ningún dominio del saber y no considere que cosa alguna no le concierne: de modo que así, inflamado por un magnífico impulso, sea arrebatado hacia la comprensión y conocimiento de las cosas. Al cual, ya exaltado e impelido por sí mismo, lo incitaré yo aún más y lo estimularé con mis voces. . . (8)”.

Con esta descripción de los “*studia humanitatis*”, Brunni d’Arezzo nos ofrece una imagen humanista del hombre: un hombre lleno de vitalidad, siempre insatisfecho, deseoso de conocer todo, especie de esbozo del Fausto de Goethe: el llamado hombre faústico, característico de la modernidad occidental, comienza a dibujarse ya en el Renacimiento con los humanistas.

III. LOS SUPUESTOS DE LAS HUMANIDADES.

DIGNIDAD Y EXCELENCIA DEL HOMBRE

Bajo todas las pretensiones de los humanistas late una convicción profunda: el valor, la dignidad y la excelencia del hombre frente a la naturaleza; dato de gran trascendencia histórica para la filosofía: como consecuencia de ello, la filosofía moderna —Descartes, Kant, Hegel, etc.— colocará el centro de gravedad de sus investigaciones y búsquedas en la CONCIENCIA, en el SUJETO pensante, en el HOMBRE. Este hallazgo es suficiente —dice el gran historiador del Renacimiento Burckhardt— “Para infundirnos

un deber de eterna gratitud hacia los hombres del Renacimiento.”

Esta idea de la excelencia del hombre está presente —según los estudios de Cassirer, Gentile, Burckhardt, Saitta y otros— en todos los humanistas. Aquí sólo traeré el texto breve de uno de ellos, el del español Hernán Pérez de Oliva. Está tomado de su DIALOGO DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE: “Hablemos ahora del entendimiento. . . el cual para mí es cosa admirable, cuando considero que aunque estamos aquí. . . en la hez del mundo, andamos con él por todas partes. Rodeamos la tierra, medimos las aguas, subimos al cielo, vemos su grandeza, contamos sus movimientos, y no paramos hasta Dios, el cual no se nos esconde. Ninguna cosa hay tan apartada, ninguna hay puesta en tantas tinieblas do no entre la vista del entendimiento humano: para ir a todos los secretos del mundo hechas tiene sendas conocidas, que son las disciplinas, por do lo pasea todo. . . Este es el que lo iguala a las cosas mayores, este es el que rige sus obras excelentes, éste halló la habla con que se entienden los hombres, este halló el gran milagro de las letras, que nos dan facultad de hablar con los ausentes y de escuchar ahora a los sabios antepasados las cosas que dijeron. Las letras nos mantienen la memoria, nos guardan las ciencias, y, lo que es más admirable, nos extienden la vida a largos siglos, pues por ellas conocemos todos los tiempos pasados, los cuales vivir no es sino sentirlos”. (1)

Advirtamos de paso cómo las letras no son, para los humanistas, según se advierte en este texto, una tarea exclusiva de los llamados literatos o de los filólogos, sino el medio para que todo hombre pueda tener acceso a la sabiduría acumulada por la humanidad a lo largo de los siglos.

*"Origen, significado y crítica de las Humanidades"
fue la Primera Lección Académica del curso 1969-1970,
dictada por el Dr. Romano García
en el Auditorium de la Universidad Centroamericana .*



EL HOMBRE, CREADOR DE CULTURA

El hombre es, nada menos, un ser creador a imagen y semejanza de Dios y a diferencia de los animales, totalmente sometidos a la necesidad de las leyes de la naturaleza —explica Pico de la Mirándola en su *de Hominis Dignitate*.—

Lo que el hombre crea es precisamente la CULTURA —concepto correlativo y contrapuesto al de NATURALEZA—. Esta idea la encontramos especialmente en Bruno, Campanella y Vico: el hombre es capaz de crear y levantar otro mundo, otras leyes, otros órdenes de realidad frente a los ya existentes. Pero esa creación solo se realiza a lo largo de los tiempos. La CULTURA se realiza en la HISTORIA, la cual es también característica exclusiva del hombre frente al animal: solo el hombre es histórico; y es histórico por ser creador de cultura; hace historia porque hace cultura.

Así se llega, en el humanismo, al concepto de la HUMANITAS como proceso histórico y progresivo: la HUMANITAS solo se alcanza a través del DESARROLLO HISTÓRICO y a través de un trabajo solidario entre distintas generaciones.

Por eso dirá Vergerio que tenemos el deber de transmitir la cultura a nuestros herederos aunque no la hayamos inventado. Ese traspaso de conocimientos solo es posible por las letras, las cuales —según Maffeo Vegio— hacen presente y contemporáneo lo pasado. Y por ellas —añadirá Guarino— los jóvenes pueden adquirir una madurez de siglos.

Pero Mateo Palmieri y L. B. Alberti nos advertirán que no debemos ser meros repetidores pedantes de lo antiguo, sino vivos continuadores, insatisfechos siempre de

lo alcanzado. Porque, como señala Ficino, la ciencia nunca es completa y definitiva, ya que nuestro conocimiento siente siempre la comezón de la duda, la cual nos espolea a aprender siempre algo nuevo: la ciencia es el fruto de un esfuerzo por progresar en nuestros conocimientos.

Estos humanistas que acabamos de citar nos dan resuelto el problema de una polémica típicamente humanista: ¿qué actitud hay que adoptar frente a los antiguos; se trata de remedarlos, de imitarlos, de asimilarlos o de superarlos? La diversidad de estas cuatro actitudes ha sido puesta de relieve por Faguet.

CONCIENCIA HISTÓRICA

Los humanistas están firmemente convencidos de que para estar al día es indispensable volver a la Antigüedad. El pasado es condición y estímulo del presente; y sólo cuando se produce el presente como algo distinto del pasado y como algo preparador del futuro, podemos hablar de historia y de progreso. Por eso dice Bruno que, cuando los hombres se adormecen y estancan, desprecian sus años y los ajenos, es decir, desprecian el presente y el pasado. He aquí sus palabras: “No vivieron los años ajenos y viven muertos sus años propios”.

Los humanistas crearon así, con su vuelta a los antiguos, la conciencia histórica, el sentido de la historicidad. No olvidemos que la división de la Historia en Edad Antigua, Media y Moderna —que hoy ya resulta ineficaz— fue un hallazgo de los humanistas, muy fecundo en su tiempo y que hizo avanzar notablemente la Historiografía.

En consonancia con esto ha escrito Gilmore: “El desarrollo de un sentido de la perspectiva respecto al pasado, la facultad de

situarse a sí mismo en el tiempo con relación a una época tomada en su conjunto, la conciencia de la distancia histórica: todo eso fue esencialmente una contribución del pensamiento humanista. Este modo de pensar había sido edificado naturalmente sobre la herencia cristiana. . . Pero, a pesar de ese elemento histórico del pensamiento cristiano, el sentido de la realidad del tiempo había faltado en la Edad Media" (2).

Tampoco faltó a los humanistas el sentido de la prospectiva, la mirada hacia el futuro y hacia la posteridad. Así nos explicamos que Miguel Sabuco dedique al Rey su *NUEVA FILOSOFIA DEL HOMBRE* con la esperanza de que, si el propio monarca no hace nada, "por ventura los venideros lo harán". Su esperanza se refiere al mejoramiento de los hombres. Por eso Zabaleta dirá que hay que "amar a la posteridad" (3)

IV. LA VERDAD ES HIJA DEL TIEMPO

VERITAS FILIA TEMPORIS

Apoyándonos precisamente en ese carácter progresivo del conocimiento y de la cultura, en que tanto insisten los humanistas, podemos hoy nosotros ubicar ya en la Antigüedad, y en la Edad Media, tan aborrecida por los humanistas, un anticipo de los hallazgos que realizó el Renacimiento. Algunas veces, se trata sólo de un atisbo; otras, de un hallazgo completo pero desprovisto de énfasis; y casi siempre, de hallazgos realizados aisladamente por un determinado autor —Sócrates, Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Escoto, Ockam— y no por toda una generación y por toda una época —como ocurre en el Renacimiento—. Los humanistas ponen énfasis y dan una consagración definitiva a lo que ya otros habían hallado o, por lo menos, intuido.

Podemos comprobarlo en el problema aludido anteriormente: la verdad no se alcanza de una vez por todas, en una edad determinada o por una sola persona, sino que se requiere para ello un esfuerzo infinito que no se termina nunca; esfuerzo que, por otra parte, debe superar el error y la duda mediante la investigación.

Giovanni Gentile, filósofo italiano neo-idealista, ha esculpido en una expresión bellísima un juicio de Giordano Bruno que se refiere al crecimiento, no sólo extensivo, sino también intensivo, del conocimiento. La expresión dice así: "VERITAS FILIA TEMPORIS", la verdad es hija del tiempo, es decir, la verdad deviene. Bruno había escrito: "Nosotros somos más viejos y tenemos más larga edad que nuestros antepasados". Con ello quiere decir que, en su tiempo, el entendimiento poseía más madurez y más capacidad crítica que en tiempos anteriores. Por tanto no sólo se trata de AÑADIR conocimientos sino también de CORREGIR los ya existentes. Eso mismo será expresado por Bacon con aquellas palabras tan vigorosas por ser latinas: "ANTIQUITAS SAECULI JUVENTUS MUNDI": los siglos antiguos son nuestra juventud, o dicho al revés: nosotros constituimos la vejez, es decir, la madurez de los antiguos.

De esta manera, la expresión "Veritas filia temporis" significa que el entendimiento dispone, con el paso del tiempo, de mayor cantidad de conocimientos y se provee de una madurez más profunda y mayor capacidad crítica.

Cassman, en sus *PROBLEMATICA MARINA*, 1548, lo expresa muy nítidamente: "El tiempo se vuelve más docto y más prudente por el continuo progreso, así como quien envejece se hace más agudo, sólido y maduro en sus juicios".

Vemos, así, bien reflejada la actitud de los humanistas frente a la Antigüedad, que no es meramente imitativa o mimética sino asimilativa y, sobre todo, emuladora y superadora. Los Antiguos, comparados con nosotros —vienen a decir los humanistas— son unos jóvenes todavía poco experimentados: ANTIQUITAS SAECULI JUVENTUS MUNDI.

Pues bien, esta idea se encuentra ya en Santo Tomás, quien considera al tiempo como generador de verdad y como afinador de la inteligencia en su capacidad cognoscitiva.

Por eso afirma que los hombres anteriores en el tiempo ayudan a los posteriores no sólo directamente, proporcionándoles una verdad determinada, sino también indirectamente, mediante el error, ya que éste les ofrece la oportunidad de ejercitar la actitud crítica.

Esta idea la tomó sin duda Santo Tomás de Aristóteles, quien nos aconseja ser agradecidos no sólo con aquellos que nos transmitieron alguna verdad, sino también con aquellos otros que, con su error, estimularon nuestra inteligencia.

Las lagunas dejadas por los filósofos precedentes cumplen el mismo papel que el error; provocan el ejercicio crítico de nuestra capacidad intelectual. El conocimiento de la verdad es, así, resultado de un proceso histórico.

Los Romanos también vivieron la cultura como un proceso que se acrecienta con el tiempo. Fueron los primeros en sentirse HEREDEROS en relación con la cultura. Su actitud es receptiva respecto a los “maiores” y los “veteres” —que son los griegos—. Esta actitud viene simbolizada por Cicerón,

el primer escritor que se siente conscientemente en deuda con respecto a la ciencia y ejemplaridad de los “maiores”, de los griegos. Y en sus escritos se encuentra también alguna intuición de la idea del progreso. Refiriéndose al hombre, escribe: “Ipsam per se naturam longius progredi” (1): (“la naturaleza humana puede progresar siempre mucho más”).

Para dar término a estas citas de los antiguos, aludiremos finalmente a Séneca, quien con los Estoicos da sentido histórico y progresivo al tiempo. También él advirtió que la verdad no es cuestión de un solo hombre o de una sola época: “A todos está abierta la verdad, nadie la poseyó todavía; mucho queda en ella a los venideros. Ya vendrá el tiempo en que salgan a la luz las cosas que ahora se ocultan y en que la diligencia de otros siglos las extraiga del seno de la tierra; no basta una sola edad para la investigación de tantas cosas”. (2)

Así ocurre con otros problemas. Por ejemplo, se viene repitiendo rutinariamente que los griegos estuvieron incapacitados para llegar a estas cuestiones: la subjetividad, el sentido del pecado, la idea de lo infinito, etc. No hay tal. Se puede probar perfectamente lo contrario. No lo hacemos aquí por no corresponder directamente a este trabajo. Limitemonos a recordar una estrofa de Ovidio en la que se describe admirablemente el sentido de culpa, el sentimiento del pecado. El investigador católico Charles Moeller, autor de la monumental obra inconclusa LITERATURA DEL SIGLO XX Y CRISTIANISMO, ha negado a los griegos este hallazgo, poniéndolo de cuenta exclusiva del cristianismo —según explica en su SABIDURIA GRIEGA Y PARADOJA CRISTIANA—. Vamos a ver que su tesis no es cierta. Oigamos a Ovidio: “Me arrepiento, ¡ay de mí! si algo puede creerse a quien se encuentra en miseria-

ble estado, me arrepiento y me atormento por lo que hice; y por grande que sea para mí el dolor del exilio, mayor es el de mi culpa; y el padecer el castigo es menos grave que haberlo merecido. Y aun cuando me fueran benévolos los dioses, para quienes es más manifiesta mi interioridad, el castigo podría eliminarse, pero la culpa permanece perenne. Por cierto que la muerte, cuando llegue, hará que yo no esté en el exilio, pero ni siquiera ella podrá hacer que yo no haya pecado". (3)

HUMANISMO Y PROGRESISMO

En el siglo XVIII, el progresismo, y, más tarde, el marxismo y el existencialismo adoptarán una actitud aparentemente contrapuesta a la del Renacimiento: no hay que volver los ojos a la Antigüedad sino al futuro; la *humanitas* o esencia humana no es algo eterno y fijado de antemano, sino algo por hacer.

Pero acabamos de ver cómo el fondo filosófico de esta actitud se encuentra ya en algunos renacentistas que hemos citado, y cuyo pensamiento puede resumirse así: el conocimiento no termina nunca, requiere de la labor solidaria de muchas generaciones. Para decirlo brevemente: el sentido de la historicidad —concepto clave en el progresismo, marxismo y existencialismo— fue descubierto por los humanistas del Renacimiento.

V. FILOSOFIA Y CRITICA DE LAS HUMANIDADES

FILOSOFIA DE LAS HUMANIDADES

La alta misión educadora de la palabra sólo es posible si los textos clásicos son recatemente interpretados: la palabra aislada no posee validez universal; para que adquiera sentido hay que integrarla en la frase, a ésta

en el texto, a éste en su autor, y a éste último en su propio idioma. Sobre todo, ha de respetarse la palabra no introduciendo arbitrariamente en ella nada previamente sabido. Hemos de acercarnos a ella con objetividad y solicitud, en actitud de meditación, hasta descubrir su núcleo filosófico, que siempre aludirá, de manera más o menos directa, a la esencia humana. No hemos de olvidar que la filología pura no sirve para nada, si no es capaz de ofrecernos una referencia a problemas filosóficos. Por eso exclamará Bruno: "Apreciado señor. . . quería solamente decir que aunque domine usted todas las lenguas. . . no significa eso en lo más mínimo que sea usted capaz de juzgar a un filósofo. Con ello, en efecto, no excluye usted la posibilidad de ser tenido por un perfecto animal". (1).

El humanismo, según investigaciones recientes, es una corriente filosófica autónoma, que fue interferida por el racionalismo cartesiano.

En Juan B. Vico adquiere profundidad filosófica la tradición humanista que nació como algo anterior, y sobre todo, como algo distinto del idealismo cartesiano. La filosofía del humanismo es, entre otras cosas y antes que nada, una filosofía de la palabra.

La palabra nos da acceso a la realidad, especialmente a la realidad humana, en sus diversas manifestaciones: en la palabra aparece el hombre según *piensa* y según *actúa*. Así lo sostiene J.B. Vico, quien arremete contra Descartes por haber reducido éste el problema filosófico al problema del pensar. Pero el mundo u orden lógico no agota la realidad humana sino que hay que incluir también en ella el mundo u orden de la acción.

En la palabra se dan cita los distintos órdenes de la realidad humana: el del pensar,

por una parte, y el del obrar y del arte, por otra; el mundo lógico, por una parte, y el mundo político y poético, por otra. Esos dos mundos tienen su hogar, su habitat en lenguas francesa e italiana respectivamente. Oigamos a Vico: "En toda la tierra, tan sólo los franceses podían, gracias a la extrema sutilidad de su lengua, imaginar este nuevo método crítico —(se refiere a Descartes)— que tiene relación sólo con el entendimiento, y concebir un análisis que ha despojado a los postulados de las matemáticas, en cuanto se sostienen por si mismos, de toda corporalidad. . . Nosotros tenemos, en cambio, una lengua tal que evoca siempre imágenes; por eso es que los itálicos han aventajado a todos los pueblos en la pintura, escultura, arquitectura y música; su lengua, que es siempre objetiva, conduce los espíritus de los oyentes, por la fuerza de las semejanzas, a las cosas distantes en el espacio o en el tiempo" (2).

La palabra es factor determinante del desarrollo de la esencia humana: he ahí la índole filosófica de los *studia humanitatis*, de las Humanidades.

La filología —las llamadas Letras, las Humanidades, en una palabra— debe contar con esa dimensión filosófica de la palabra. Por tanto no debe ser considerada como una ciencia particular cualquiera, sino como filosofía. Así lo expresó de una vez para siempre el genio incomparable de Nietzsche, invirtiendo una frase de Séneca: "*Philosophia facta est quae philologia fuit* (La filología ha devenido filosofía, la filología se ha convertido en filosofía). Con esta afirmación deseo expresar que toda actividad filológica debe ser integrada y comprendida en una concepción filosófica en la cual todas las comprobaciones y cuestiones particulares deben desaparecer para dejar subsistir sólo la totalidad y la unidad originaria" (3)

CRITICA DE LAS HUMANIDADES

A este humanismo, cuyo padre es el Renacimiento y que apenas ha variado hasta hoy, hay que someterlo a crítica después de haber llevado a cabo su defensa. Dos son, a mi juicio, las principales dificultades u objeciones que se pueden oponer a las Humanidades tal como nos las legó el Renacimiento: una, de índole estructural; otra, de carácter sociológico.

Atendamos a la primera. Desde el Renacimiento han ocurrido muchos acontecimientos, se han producido muchos cambios. Esos cambios han afectado a casi todos los ámbitos de la vida, incluida la religión. Por qué no habrían de sufrir también el cambio las Humanidades? Por qué no vamos a tener derecho a exigir *unas Humanidades del siglo XX*, a tono con las características de nuestra era, condicionada inexorablemente por la utilización de la técnica y la energía nuclear? Se impone ampliar el contenido de la *humanitas*; nuestro ideal humano va más allá que el ideal humano de los clásicos.

Las Humanidades del siglo XX deberían incluir entre sus estudios, además de las letras y de la filosofía —que forman el núcleo de las Humanidades clásicas— las teorías científicas que más honran a nuestra época: no sólo las sociológicas y económicas, sino también las fisico-químicas, biológicas y astronómicas. Puesto que hoy todo tiene un signo planetario, también debemos aspirar a un humanismo planetario y universal, que integre en si todos los conocimientos. La anexión de las teorías científicas es lo único que podría salvar, hoy, al humanismo.

Esta integración no sólo salvaría al humanismo sino también a las mismas ciencias, pues el humanismo evitaría el peligro que

lleva consigo la especialización científica, la cual anula en el hombre de ciencia el sentido crítico, origen de toda investigación, anularía el "esprit de finesse", de que habla Pascal.

La otra objeción, que caracterizábamos anteriormente como sociológica, se relaciona con la moral social.

Las llamadas Humanidades han sido, paradójicamente, inhumanas. Los humanistas constituían un grupo selecto y orgulloso, encerrado en una torre de marfil, desdeñoso de la masa inculta. Esta actitud inhumana del humanista clásico se apoya en la inhumanidad del hombre grecolatino, al que reproduce e imita en su existencia.

Tanto el humanista del Renacimiento como el hombre grecolatino cultivan la llamada cultura del ocio o cultura desinteresada. Estos hombres podían cultivar las Humanidades, la vida intelectual y teórica, sobre la base de que otros hombres cargaran sobre sí la inhumana tarea del trabajo. En la antigüedad, el hombre culto podía disponer del ocio y de la cultura gracias al esclavo, y en el Renacimiento la cultura fue el privilegio de una clase porque otros asumieron sobre sí las vicisitudes de la existencia proletaria.

El humanista podía cultivarse y cumplirse como hombre a condición de que el pobre llevara una existencia inhumana.

Contra esto ha protestado enérgica y justamente el marxismo. Y hoy, gracias a la madurez ética de la humanidad, todos sentimos esta injusticia y somos conscientes de que el ocio y la cultura son bienes a los que deben tener acceso todos los hombres.

Al humanismo le espera una tarea difícil y laboriosa, pero muy estimulante, a la que no puede renunciar, si quiere pervivir. Esa tarea consiste en asimilarse la técnica y las ciencias, por una parte, y, por otra, el sentido de la justicia social, para que así, en estos tiempos llenos de zozobra y de peligro por la ambigüedad en que están sumidos, todos los hombres podamos cultivar nuestra humanidad, y con ese humanismo, ya cambiado y rejuvenecido, podamos salvar a nuestra civilización del peligro en que la ha colocado la técnica.

Sólo entonces, cada hombre podrá proclamar como suyas aquellas palabras del poeta latino Terencio que definen, como un vigoroso emblema, las aspiraciones del humanismo:

Homo sum, humani nihil a me alienum puto. "Soy hombre, por tanto debo considerar como propio, como mío, todo lo que pueda llamarse humano".

R. G.

NOTAS:

I

- (1) *Epistulae*, lib. IV, pág. 49
- (2) *Dialogi ad Petrum Hispanum*, pág. 13
- (3) *De vita et moribus eruditi*, parte final del tratado *De tradendis disciplinis*.
- (4) Carta sobre el Humanismo.

II

- (1) "Epístola exhortatoria a las letras", en *Opúsculos literarios*.
- (2) *De vita beata*. Edición Bertini, pág. 124
- (3) *Id.* Pág. 156
- (4) Prólogo a la "Tragedia llamada Josefina" (Reedición de Madrid, 1870).
- (5) *Familiares*, VI, 4
- (6) *Idem*.
- (7) H. Baron: *Leonardo Bruni, humanistisch-philosophische Schriften*. Berlín, 1928 pág. 18.
- (8) *Idem*, pág. 11

III

- (1) Obras del maestro Hernán Pérez de Oliva. La primera edición, Córdoba (España), es de 1585. La 2a. Madrid, de 1787. Acaba de reeditarse en Barcelona: Ediciones de Cultura Popular, 1968.
- (2) *Le monde de l'Humanisme*. París, 1955. Pág. 25
- (3) *Errores celebrados*. Pág. 134.

IV

- (1) *De legibus*, I. IX. Ed. de Alvaro d'Ors. Madrid, 1953, Pág. 77
- (2) *Epist.* 64. Ed. Nissard: *Oeuvres Completes de Seneque*. París, 1885. Pág. 657
- (3) *Ex Ponto*, I, 1. 59-66

V

- (1) *De la causa*, principio ed uno.
- (2) *De ratione studiorum*.
- (3) *Homero y la filología clásica*.